



STAR WARS

EL RENACER DE LA RESISTENCIA

REBECCA ROANHORSE

Antes del final de la saga. antes del *Ascenso de Skywalker*. La Resistencia debe renacer. los héroes de la resistencia luchan para regresar del borde del abismo en esta fundamental precuela de *Star Wars: El Ascenso de Skywalker*.

La Resistencia está en ruinas. Tras su huida desesperada de Crait, su antiguo ejército ha quedado reducido a un puñado de héroes heridos. Finn, Poe, Rey, Rose, Chewbacca, Leia Organa... sus nombres son célebres en los mundos oprimidos por cuya libertad combaten. Pero los nombres no sirven de mucho y la última llamada de auxilio de Leia no encuentra respuesta. Desde las junglas de Ryloth hasta los astilleros de Corellia, la sombra de la Primera Orden se extiende y los valientes capaces de enfrentarse a su oscuridad están dispersos y aislados. Si la esperanza debe sobrevivir, la Resistencia tendrá que viajar por toda la galaxia, en busca de más líderes... incluidos aquellos que, en el pasado, ayudaron a una floreciente rebelión a derrocar al Imperio. Se librarán batallas, se forjarán alianzas y la Resistencia renacerá.



A mi hermano mayor, Tony, que dejaba que la
pesada de su hermana pequeña jugase con sus
muñecos (Boba Fett incluido) y casi nunca se
quejaba.
¡Mira dónde he llegado por tu culpa!



PRÓLOGO

El caza TIE atravesó el cielo sobre Corellia, con llamas a los lados y un humo denso brotando del casco. La nave chirriaba ruidosamente, amenazando con partirse en el aire, como los aullidos agónicos de un ave de metal. Más abajo, los habitantes de Ciudad Coronet interrumpían su trayecto de regreso del trabajo a casa para mirar aquella nave condenada. Últimamente no era inusual ver un caza de la Primera Orden sobrevolando la ciudad. La Primera Orden había tomado el control de los astilleros de la ciudad para construir sus máquinas de guerra, algunas de las cuales fallaban ocasionalmente en sus vuelos de prueba, con gran estruendo. Pero aquella nave era distinta, la perseguía uno de los suyos.

Si los habitantes de la capital se hubieran fijado mejor en aquel TIE en llamas, quizá alguno se habría dado cuenta de que se trataba de un modelo más antiguo que el de sus perseguidores, por lo que no podía ser un prototipo en vuelo de pruebas. Aunque no podrían ver que la piloto era una nativa, una corelliana criada en el pueblo alpino de Doaba Guerfel, cerca de la capital. Una piloto que había crecido bajo la Nueva República y que se había resistido al auge de la Primera Orden, como la mayoría de Corellia, aunque el planeta había terminado doblegándose ante la ocupación. Pero sus días de lucha se aproximaban rápidamente a su fin.

—*Mayday, mayday, ¿alguien me oye?* —gritó la piloto por su comunicador. Se limpió las lágrimas de frustración y

notó el sabor de la sangre en la boca. La cabeza le retumbaba desde que se la había golpeado durante el combate aéreo—. ¿Alguien me oye? —repitió.

La piloto recorrió desesperadamente los canales seguros que le había proporcionado la Resistencia al asignarle la misión, pero nadie respondió. Volvió a probar con el *Raddus*, segura de que alguien debía oírla desde allí, pero nada. O los impactos sufridos por su nave habían inutilizado el módulo de comunicaciones o aquellos canales estaban bloqueados.

Sollozó brevemente, mientras su TIE robado se sacudía bajo sus pies. Notaba el calor a su espalda, sentía el punzante olor del humo del motor que iba llenando la cabina. Sabía que le quedaban solo unos segundos de vida y no quería que su misión fuera un completo fracaso.

Tras la destrucción de Hosnian Prime, su cometido había sido garantizar que jamás se pudiera volver a construir en secreto ninguna otra arma capaz de aniquilar planetas y estaba convencida de haber descubierto algo en la clave de cifrado robada, que tenía ahora en su posesión, que les podía ayudar a derrotar a la Primera Orden. Pero aquel valioso descifrador de códigos desaparecería con ella si no lograba mandárselo a nadie. Con mano temblorosa, introdujo el pequeño chip de datos en la toma de su holopantalla medio destruida y contuvo la respiración, hasta que la consola le informó de que había descargado el archivo.

Esbozó una leve sonrisa de pena. No iba a fracasar. Si no lograba comunicarse con sus contactos de la Resistencia, tendría que buscar otra manera. Alguna de los viejos tiempos. Se tocó brevemente el pequeño colgante de la serpiente que siempre llevaba puesto, susurró una plegaria a sus dioses y después buscó la señal pirata de radio que le permitiría contactar con la única persona de su planeta natal en quien todavía confiaba.

Contuvo la respiración y esperó.

Pero nadie respondió y se le echaba el tiempo encima. No podía esperar a confirmar que la conexión se había establecido. Solo podía rezar para que funcionase.

Apretó la tecla de transmisión, consciente de que mandar aquella clave descifradora los ponía a todos en peligro. Si alguien lo descubría, la Primera Orden se les echaría encima. Pero no tenía elección.

Una intensa luz verde parpadeante le confirmó que la transferencia se había completado, en el mismo instante cuando un fulgor intenso la rodeó. Abrió la boca, pero no tuvo tiempo de gritar antes de que el mundo estallase en pedazos.

Los habitantes de Ciudad Coronet vieron explotar el TIE. Algunos con cierta curiosidad, la mayoría con indiferencia. Después continuaron su camino de regreso a casa, junto a las familias y mascotas que les esperaban, o a la cantina, para reunirse con amigos, o a mil otros lugares, mientras el sol se ponía. El TIE desintegrado ni siquiera apareció en los noticiarios nocturnos y a la mañana siguiente estaba completamente olvidado.

CAPÍTULO 1



Leia se despertó con un sobresalto, golpeándose la nuca contra el duro reposacabezas. Se sujetó a su silla sin reposabrazos para no caerse. Lanzó un grito, un suspiro de sorpresa en una habitación desierta, mientras sus dedos intentaban agarrarse a la consola que tenía delante. Necesitó un momento para recuperar la plena consciencia y recordar dónde estaba. El suave zumbido de las máquinas y los golpes apagados de alguien reparando algo, a aquellas horas, le recordó que estaba en el *Halcón Milenario*. No en el *Raddus*, durante el ataque de la Primera Orden, cuando percibió la presencia cercana de su hijo. Ni en la gélida oscuridad del espacio en la que cayó inmediatamente después.

Estaba soñando. El mismo sueño que la atormentaba desde que aquello había sucedido. Estaba sola, muerta de frío, el cuerpo le flaqueaba, sin ánimos ya, rodeada por el inmenso vacío del espacio. En la vida real se había despertado y había sentido que la Fuerza vibraba intensa y ardiente en su interior. Y la había llevado de vuelta a la nave, la había salvado. En el sueño, sin embargo, quedaba suspendida en el vacío. Fallando a sus amigos, a su familia y a toda la gente a quien había prometido liderar. Y fallando sobre todo a su hijo. Todos sus seres queridos estaban muertos.

—¿Desde cuándo soy tan macabra? —masculló para sí, enderezando su dolorido cuerpo en la silla. En realidad, sabía desde cuándo. Desde que había muerto. Bueno, prácti-

camente. Se había salvado por los pelos muchas veces en su vida. El bombardeo en Hosnian Prime en sus días de senadora. La sesión de tortura con Vader que todavía, después de décadas, le hacía hervir la sangre cada vez que la recordaba. Un millón de huidas desesperadas con Han en los tiempos de la Rebelión. Aunque nada parecido a salir despedida de aquella nave y quedar flotando a la deriva en el espacio.

Se frotó la cara con una mano cansada y miró alrededor. Habían pasado unos cuantos días desde que Chewie y Rey aparecieron en Crait para rescatarlos de la Primera Orden, aunque se le habían hecho eternos. Había vuelto a ver a su hermano y lo había perdido en un abrir y cerrar de ojos. Se preguntaba cuánto tendría que sufrir en la vida, cuánto podía soportar una persona. Después, apartó aquella auto-compasión de su cabeza. Tenía trabajo pendiente.

Estaba frente a la consola de comunicaciones del *Halcón Milenario*, tan silenciosa como el espacio. Cuando pidió ayuda desde Crait, enviando señales de socorro a sus aliados, estaba convencida que alguien les respondería. Pero no había sido así y estaba preocupada. ¿Seguían vivos? ¿Habían bloqueado su señal? ¿O, la respuesta que menos le gustaba, sencillamente no les importaban?

No, no quería creer eso. No podía. Algo impedía que sus señales de auxilio llegasen hasta oídos amigos. Tenía más sentido eso que creer que todo el mundo había abandonado a la Resistencia y a ella. Quería averiguar qué pasaba y no descansaría hasta conseguido.

Alargó la mano hacia el panel de comunicaciones, justo cuando el altavoz de sus auriculares se activó y parpadeó una luz verde, indicando que había una transmisión en espera. La expectación le aceleró el corazón. Alguien intentaba comunicarse con el *Halcón Milenario*. Se ajustó los auriculares y el micro, mientras le llegaban interferencias. Sin su antena sensora, la señal subespacial de radio del *Halcón* era, como mínimo, un poco inestable.

Introdujo la contraseña y abrió el canal a quienquiera que estuviera al otro lado, que también conocía aquella clave.

—¿Hola? —susurró nerviosamente por el micro—. ¿Quién habla?

Al principio, le llegó solo ruido, pero después oyó una voz, débil pero cada vez más clara:

—... *Zay con Shriv... misión... ¿se acuerda de mí?*

Leia se sintió levemente decepcionada. Esperaba que fuera alguno de los aliados de la Resistencia, algún gobierno fuerte ofreciéndoles cobijo, naves o alguna otra ayuda. Pero era la chica que había conocido tras la destrucción de la base Starkiller, la hija de Iden Versio y Del Meeko. Se acordaba bien de ella. Sus padres habían sido imperiales que se habían pasado a los rebeldes y su abuelo era el célebre almirante Garrick Versio. La chica, aunque era muy joven, había perdido a sus padres y lo había pasado muy mal. Bueno, como todos, ¿no? En el caso de Leia era evidente. Así era la guerra, un infierno para padres e hijos.

—¡Basta! —se dijo a sí misma, y su voz resonó por toda la sala.

—¿Qué? —oyó a Zay, entre ruido de fondo.

—Tú no —dijo Leia, apresuradamente—. No me refería a ti. —Se sintió avergonzada. Apartó aquello de su cabeza y se apretó el auricular contra la oreja, inclinándose hacia el micro—. Repite, Zay. Te oigo con dificultades. Se entrecorta.

—Ah. —Más alto y despacio—: *SHRIV Y YO... HEMOS CONSEGUIDO... PISTAS INTERESANTES...*

Leia sonrió ante la exagerada reacción de la chica.

—Ya te oigo bien. Puedes hablar normal.

—¿Sí? Bueno, hemos localizado a unos viejos amigos de mi madre, antiguos imperiales renegados que no le tienen ningún apego a la Primera Orden. Los vamos a visitar, si le parece bien. Nos ocupará unos tres o cuatro días estándar más, como mínimo.

—¿Y los aliados de las Resistencia que os pedí que encontrarais?

—*Eso es lo doloroso* —dijo Zay—. *Han desaparecido.*

—¿Desaparecido?

—*Como mínimo, no estaban donde debían. Hemos comprobado la mitad de los nombres y nada. En algunos casos, sus hogares parecían recién abandonados.*

—A lo mejor están escondidos. —«O algo peor», pensó Leia.

—*Sea como sea, general, algo malo está pasando.*

Leia se frotó el cuello, notando tensión en sus músculos. Más aliados a los que no podría acceder. Zay tenía razón. Pasaba algo y Leia estaba asustada.

—Zay, quiero que sigáis buscando. A ver qué podéis averiguar.

—*Recibido. ¿Y los eximperiales?*

Leia no había pensado que unos eximperiales fueran a ser los aliados que necesitaba, pero parecía estar quedándose sin alternativas. Y ¿quién sabía? La madre de Zay había demostrado que algunos de los combatientes más fieros de la Resistencia provenían del bando contrario. La gente es complicada y al Imperio siempre se le había dado bien ofrecer a cada uno aquello que creía necesitar... para acabar descubriendo que el orden y la paz que ansiaban tenían un coste demasiado elevado. Leia jamás usaría su pasado contra nadie. En su árbol genealógico había suficientes demonios para permitirse juzgar a nadie.

Leia oyó murmullos y una discusión apagada al otro lado de la comunicación, como si alguien hubiera cubierto el micro con la mano. Al instante, Zay volvió a hablar:

—*Shriv dice que confié en nosotros. Al fin y al cabo, ¿qué perderemos?*

Tenían razón.

—Muy bien, si Shriv también cree que la pista de los eximperiales es buena, seguidla y alargad la misión, pero

tened cuidado. Enfrentarse a la Primera Orden es peligroso. —Como si la joven huérfana no se hubiera enterado.

—*Descuide, general. Seremos muy prudentes.*

Más murmullos apagados.

—*Ah, Shriv dice que le apodan Cauteloso. Y que aún sigue vivo, por lo que algo o alguien debe estar protegiéndonos.*

—Sí —dijo Leia para sí. Y después por el micro—: Que la Fuerza os acompañe, Escuadrón Inferno.

—*Lo mismo le digo. ¡Cambio y corto!*

Leia apretó el botón para cortar la comunicación y se reclinó en su silla. Esperaba no estarle dando demasiada responsabilidad demasiado pronto a la chica. Zay no podía tener más de dieciséis años, pero a su edad Leia ya estaba fomentando la Rebelión. Si alguien sabía que a veces se podía subestimar a los jóvenes era ella. No, Zay era fuerte e inteligente. Era capaz. Y estaba segura de que, con la ayuda de Shriv, completarían la misión.

Una intensa punzada en la sien interrumpió sus pensamientos. Leia cerró los ojos por el dolor. Aquellas jaquecas eran un efecto secundario de su curación, según le había dicho el droide médico. Iba a sufrirlas durante unas semanas, como mínimo, pero entre las jaquecas, las pesadillas de quedar a la deriva en el espacio y el pesar por la pérdida de sus amigos, se sentía extenuada. Cuánto daría por unos instantes de relajación y de seguridad, unos días o un puñado de horas incluso en que supiera que no pasaría nada malo.

—¿General Organa?

La voz le llegó desde detrás, Leia se giró y vio a Rey en la puerta. La chica llevaba una versión del mismo atuendo de chatarrera que había visto por primera vez el día anterior, aunque ahora detectó los matices de influencia Jedi que incluía.

«Está cambiando», pensó Leia. «Pero aún lleva algo de Jakku dentro».

Aunque quizá no fuera justo. Quizá Rey solo se aferraba a cosas sencillas que reconocía en aquel mar de caos, igual que todos. Y, hablando de cosas sencillas, Rey llevaba una taza de algo humeante en las manos. Cuando vio que Leia la miraba, se la tendió.

—Le he traído una taza de té gatalentano caliente —dijo Rey.

Leia sonrió.

—¿Sabes leer la mente?

—¿Qué? ¿Como los Jedi? Yo... yo no soy...

—Justo estaba pensando en lo mucho que me apetecía un té —dijo Leia, sacando a Rey del aprieto—. No es nada Jedi. Solo... —Le hizo un gesto a Rey para que se acercase—, una sorpresa agradable. Gracias. Y, por favor, tutéame.

Rey asintió, visiblemente aliviada, y se acercó. Leia recogió su taza de té. Sintió su aroma y notó que los músculos de sus hombros se relajaban.

—Te puedo traer algo más fuerte, si quieres —dijo Rey, señalando la cocina de la que venía—. Creo que Chewbacca tiene caf guardado.

Leia sopló la taza caliente, haciendo brotar pequeñas volutas de vapor.

—Me sorprende que tuviera té. —Aunque, probablemente, no era Chewbacca quien guardaba un paquete de té gatalentano en el *Halcón Milenario*, sino Han. Oh, Han. También muerto.

—Te he puesto triste —dijo Rey, al ver la cara de Leia.

—No has sido tú —la corrigió—. Sino la vida. Esta guerra. Tú eres una luz en la oscuridad. —Señaló una silla frente a ella.

—No era mi intención molestarte. Solo te oí aquí dentro y pensé que podría apetecerte un té.

—Pues acertaste e insisto en que te quedes. Me vendrá bien un poco de compañía y me pones nerviosa ahí de pie. Por favor. —Volvió a señalar la silla y esta vez Rey se sentó, metiendo las manos bajo los muslos y esbozando una sonri-

sa incómoda—. Bien —dijo Leia, con paciencia, esperando que la chica se acomodase—, ¿mejor así?

Rey asintió. Las dos se quedaron calladas, mientras Leia daba sorbos a su té y Rey examinaba la estancia, en particular el tablero de comunicaciones. Leia siguió su mirada.

—¿Por qué no duermes, como los demás? —le preguntó Leia.

—Oh, los últimos días he dormido poco —dijo Rey, con serenidad—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Sé lo que es eso.

Rey se revolvió en la silla, mirando a todas partes excepto a Leia. «Esta muchacha está muy nerviosa», pensó Leia. Nunca le había parecido tan nerviosa. Pero habían sucedido tantas cosas. O quizá había algo que la preocupaba.

—Rey —empezó a decir.

—Te oí hablando con alguien —la cortó Rey, apresuradamente—. ¿Por fin has contactado con alguien?

—Aún no —confesó Leia—. La llamada era de un par de pilotos que mandé en una misión, pero andamos necesitados de pilotos y espero que nada vaya mal. Y también estamos necesitados de líderes. Los pilotos son esenciales, pero la Primera Orden acabó con Holdo, Ackbar y los demás. —Suspiró, notando el peso de la pena en sus huesos. Les había definido como líderes pero también eran sus amigos. Personas que había conocido prácticamente toda su vida, ahora desaparecidas—. Necesitamos estrategas, mentes lúcidas, gente con medios y voluntad para hacernos avanzar. Para inspirar y servir como modelo para los demás.

—No conocí a esas personas —admitió Rey—. Te acompaño en el sentimiento.

Leia asintió.

—Todos hemos perdido mucho.

Por fin, Rey la miró a los ojos, intrigada. «Quizá quiera hablarme de Luke», pensó Leia. «Ya hablamos de él, pero brevemente. Solo para saber que había tenido un final en paz». Pero, entonces, Rey dijo: